



ALGO TEMPORAL

HILARY LEICHTER

¿Cuántos empleos has encadenado en los últimos años? ¿Has llegado a tener algo parecido a un trabajo serio? Para la protagonista de esta novela disparatada, cada trabajo que consigue es más inestable que el anterior. Y también más absurdo: desde fregar la cubierta de un barco pirata hasta llevar consigo las cenizas de su jefe, pasando por ordenar un armario interminable de zapatos o ayudar a un asesino a sueldo. Atrapada en las redes de la *gig economy* —la sucesión constante de trabajos temporales y precarios—, esta joven sueña con lograr alguna clase de permanencia laboral en un presente en el que no es posible pensar a largo plazo, mientras distribuye su tiempo libre entre sus dieciocho novios y un fantasma que no se separa de ella. Parábola de un mundo en crisis, desorientado y al borde del agotamiento, *Algo temporal* es un prodigio de la narrativa humorística en clave social, o, quizá, una novela social de la que se extrae que la única manera de pensar nuestro tiempo es reduciéndolo al absurdo.

En su debut como novelista, Hilary Leichter ha inventado una nueva forma de ver y analizar —con ingenio, humor y buenas dosis de nihilismo— el mundo contemporáneo y la fase avanzada del capitalismo en el siglo XXI. Al final todos podemos identificarnos con esta insólita heroína de la nada, pues por mucha resistencia que opongamos, seguimos sometidos a las dinámicas de una sociedad que nos reduce a simples seres de paso, a eslabones prescindibles de una desmesurada cadena de producción.

Índice de contenido

Incorporación

Labores de oficina

Labores marítimas

Labores de aprendizaje

Labores sangrientas

Labores memorísticas

Labores aéreas

Labores de papeleo

Labores domésticas

Postjornada

Entrevista de salida

Agradecimientos

Sobre la autora

Para mamá

Me daba la impresión de que si podía
quedarse aquí como si estuviese de paso,
no tendría que marcharse.

Vida hogareña, MARILYNNE ROBINSON

INCORPORACIÓN

Érase el asesino. Érase la niña. Érase el marketing y la financiación y el desarrollo, también. Érase la gestora del registro de donantes. Érase la trituradora del registro principal. Érase la lavadora, y érase la secadora, y érase la que dispensaba las toallitas para la secadora. Se las ponía encima como velos, y luego las metía en la máquina. Érase la que plegaba calcetines. Érase la que lanzaba bombas. Érase la que llamaba a puertas. ¿Cuántas personas viven en la casa?, y: ¿le gustaría a usted colaborar con nuestra causa? ¿Querría comprar unos cítricos? ¿Le interesa algo de literatura? Érase la casa de las puertas que se abrían y cerraban. Éranse soluciones que precisaban supervisión. Érase la guardadora de folletos. Érase la verificadora de datos y, tiempo después, la verificadora de conjuros. Érase el aprender el trabajo y el mentir en el trabajo. Érase el llegar tarde, y érase el llegar pronto. Érase incluso el llegar puntual. Érase la caja de los sellos y el calendario del corcho y el talonario rosa de recados que informaba de lo que había ocurrido exacta, específicamente, al detalle, Durante Su Ausencia.

LABORES DE OFICINA



La mía es una carrera de brevedad taquigráfica. Tareas breves, estancias breves, faldas breves. Mi agencia de colocación es una cúpula del placer situada en la parte alta de la ciudad, llena de mujeres con aroma a maquillaje y calzado cómodo. Como es habitual, deposito mi situación laboral en sus manos de manicura perfecta. Con fiable alquimia carpiana, amasan mi currículum hasta convertirlo en una sucesión de sueldos que constituyen un sustento. Las llamadas llegan los lunes y los viernes, flanqueando de puestos efímeros cada semana. Como un mecanismo de relojería, como algo más sólido que el tiempo, la agencia parcela mi existencia. Tan pronto demuestro que se puede confiar en mi eficiencia y discreción, me asignan a diversos clientes prioritarios. Trabajos de asistente personal. Trabajos prestando asistencia en asuntos personales. «No hay nada más personal que hacer tu trabajo»: lo leí en el envoltorio de una barrita de cereales camino de la oficina. Un sentimiento lo bastante intenso como para prender de él mi corazón y mi propósito.

Mis novios se refieren a estos puestos como Una Gran Oportunidad, pero ellos son gente corporativa. Se meten en sus despachos con tazas de mensajes cómicos en la mano y las dejan sobre la mesa hasta el día siguiente; los charquitos de lodo dejan teñida la base de cerámica, En los posos del café adivino su fortuna: a mis novios les saldrán canas sentados en estas mismas mesas mientras compran parcelas funerarias del tamaño de un cubículo.

Me preocupan esas pobres tazas desamparadas. Lo tristes que deben de sentirse, lo solas, abandonadas en su propia mugre. Me preocupa vivir la vida de un recipiente

sin lavar. El moho que agrieta el café sobrante, flotando como un nenúfar sobre sedimentos olvidados.

—Pero ¿cuál es el trabajo de tus sueños? —pregunta mi novio el formal, con la barbilla apoyada entre las manos.

—Es difícil de explicar —digo.

—¡Prueba!

Considero mi deseo más profundo. Hay días en los que creo que lo he conseguido, y de repente se esfuma, como un estornudo que te acabas tragando. He oído que al primer asomo de permanencia es posible que se acelere el ritmo cardíaco, y que la sangre suba a las mejillas. He leído los trípticos, los folletos. Algunos eventuales juran que son ese escalofrío, ese pulso elevado, esa comezón de sudor, el mecanismo biológico por el que sabes te está pasando a ti. Me preocupa no darme cuenta, que se me pasen por alto los síntomas de mi propia permanencia cuando esta se presente. *La estabilidad*, que dicen.

«Cuando lo sabes, *lo sabes*», dice el eventual afortunado, «Estas cosas no se pueden forzar.»

Algunos eventuales nunca llegan a ser fijos, y mueren antes de echarle mano a los asideros de la vida.

—El trabajo de mis sueños es uno que dure —le digo a mi novio—. No tiene por qué ser ya, ni de la noche a la mañana. Un día me despertaré y seré igual que tú.

—Cariño, ¡tú puedes ser lo que quieras! —Me alisa el pelo con ambas manos, y al instante se me vuelve a bufar.

Mi novio el formal no vive conmigo; él, que recoge las arañas de mi alfombra y las deja en el alféizar de la ventana. Ninguno de mis novios vive conmigo, pero algunos de sus jerséis de fin de semana sí: echando bolas de pelusa, criaturas peludas en mi ropero de atuendos corporativos. De vez en cuando le devuelvo el jersey equivocado al hom-

bre equivocado, pero no se dan cuenta. No somos nada a largo plazo, lo saben. Tienen sus noches a la semana, sus semanas al mes, una ristra de jerséis que se extienden de brazos abiertos hacia el domingo como monigotes de lana.

Se los presenté a mi madre, pero solo una vez, atendiendo a las reglas prescritas del modo de vida temporal. Ella evaluó sus fotos por anticipado; se desplegaron de mi cartera en un alargado acordeón que rozaba el suelo de su cocina.

—Este —dijo—. Tiene los ojos bonitos.

—Mi novio el culinario.

—Tendrás siempre la tripa llena. Buena chica. ¿Y este?

—Mi novio el alto.

—Hum. No parece muy alto.

—Bueno, sale cortado.

—Hum.

—Este es mi favorito —dije, revolviendo los selfies y las fotos de carnet. Entornó los ojos para examinar su peculiar sonrisa—. ¿Le das tu aprobación?

—¿Tengo pinta de casamentera, acaso? —me preguntó, y tiró las fotos sobre la mesa, decepcionada ante aquel guiño mío hacia la fidelidad.

En la cocina de mi madre, las tazas estaban limpias y secas y apiladas en un armario alejado. Los vestidos, planchados y almidonados, y sus labios pintados con algo llamado tinte de labios. Hasta cuando no se encontraba bien, se ponía sus pendientes favoritos.

—Céntrate —la oigo decir todavía—, y cuéntame cómo van tus trabajos.

Farren es mi contacto principal en la agencia. Tiene una cara lozana de labios pintados con *gloss*: un dechado convenientemente hidratado de seguridad y autocuidados. Lleva las uñas pintadas siempre con un esmalte de purpurina, las puntas de los dedos destellan al final de sus mangas neutras como constelaciones ocultas asomando entre las nubes. Así pues, estas son las manos que bajan del cielo, pienso, esas manos que revuelven formularios y contratos para garantizarme algún trabajo honrado.

En nuestra primera entrevista, se subió al escritorio y me sentó a mí en su cómoda silla. El arreglo me pareció tan raro y perturbador como si hubiese escalado hasta el techo y me hubiese colgado de un sistema de cuerdas. Me pregunté si sería una prueba, y me esforcé por mantenerme en posición de alerta.

—¿Qué tal? —preguntó, mientras apartaba una pila de papeles para hacerles un sitio a sus piernas.

—Ostras, Farren, es una pasada.

El soporte lumbar me hizo sentir de inmediato relajada, sumida en un trance, o ambas cosas.

¿Me quedé dormida? Tal vez.

Lo que sucedió a continuación, no lo tengo del todo claro. Puede que aquel fuese el momento preciso de telepatía ergonómica, la ocasión de la agencia para adivinar mi mecanismo interno puro. El engranaje secreto, la tuerca o el tornillo que, oculto en mis entrañas, revelaba más fielmente el ritmo de mi potencial como empleada. Y entonces: un escalofrío, una ráfaga de inquietud, como una silla giratoria que se reclina un poco demasiado atrás. Igual esto es lo que se siente con la estabilidad, pensé, mi mente des-

lizándose a toda velocidad por un esperanzador y angosto camino. Me tomé el pulso. Busqué alguna melodía, algún timbre, o alguna otra señal imprecisa de que se me hubiera concedido la permanencia.

Pero no: el empleo temporal corría de nuevo por mis venas. Todo volvía a resultar familiar y pasajero.

—¿Estás bien? —me preguntó Farren.

Me pasó un formulario y me dio un toquecito en el codo con la punta, fría y alargada, de una uña centelleante, Solo la uña, no el dedo. No sabía decir sí la intención era reconfortar o arañar.

—Sí. Gracias, Farren.

—¡Bien! ¡Porque no querría que te perdieses este puesto de *ensueño*!

Yo tampoco me lo quería perder. No quiero. Relleno formularios, a todas horas. Estrecho manos. Remuneradamente empleada, una y otra vez, una y otra vez. El camino más seguro a la permanencia es cubrir mis puestos, y hacerlo bien.

Todo el mundo sabe que los clientes prioritarios de Farren son gente en la cúspide. Jefes de Estado y jefes del Congreso, líderes de la industria, gurús.

Yo fui escalando como cualquier otro, comenzando por lo más rastrero, esos trabajos urbanitas que embellecen la ciudad.

Lustré los zapatos de artistas importantes, y vi cómo cruzaban claqueteando y taconeando todo Grand Central. Me enseñaron algunos pasos nuevos a escondidas.

Limpié las ventanas de rascacielos que en efecto rascan los cielos; aquellas púas de veleta que rastrillaban las nubes, satélites, varas de acero que parecían tacones de aguja. Podía enjugar y bailar pared abajo por los edificios, *shimmy shimmy shake*, descendiendo durante lo que parecían kilómetros. «De la luna a Chattanooga», decían mis compañeros limpiadores.

«Del cielo a un buñuelo», era la respuesta habitual, y entonces íbamos todos a buscar un café y tarta crujiente de manzana, o pastel de queso, o el postre especial que tuviesen ese día en la carta.

Después probé a ver si tenía buena mano dirigiendo el tráfico. Eso de detenerlo todo y ponerlo en marcha. Y luego probé a ver si tenía buenos pies aporreando la acera. Pero literalmente, con un martillo neumático. Y a sustituir al cartero. Y al muralista de la Calle Diez. Y a esa mujer que llama a un taxi todas las tardes en ese cruce enorme, ya sabes cuál digo. Llama al taxi con un entusiasmo tremendo, y los turistas la adoran a rabiar. Pero yo no me subo nunca al taxi, solo lo paro.

Por fin, Farren me manda a sustituir al Presidente de la Junta de la corporación más, pero que más importante: la Major Corp.

Firmo documentos que no comprendo, asisto a conferencias telefónicas, apilo memorandos y estampo las fechas, interpongo, interfiero, invierto, intrigo e invado las paredes del despacho con las obras seleccionadas de una lista de pintores emergentes y rompedores, y termino cada tarea antes de que se pueda entrar a explicar nada con detalle. Todo el mundo tiene, una parcela de trabajo de la que no quiere encargarse, ¿qué voy a decir yo? Soy una suministradora de parcelas completadas.

En calidad de Presidenta de la Junta, llevo un moderno fular de topos con el traje, anudado al cuello a la manera de una corbata. «Los detalles cuentan —decía mi madre—, pero no lo son todo.»

—¿Qué hay de la votación de hoy? —pregunta mi asistente.

La sala de juntas está animada, han asistido todos. Me siento en mi lugar a la cabecera de la mesa.

—Bueno —dice un accionista—, ¿puedo sugerir voto a mano alzada?

—No, no —responde otro accionista con más peso—. O voto anónimo o no se vota.

—Dijo el que no ha venido a una sola reunión en un año —murmuró el primer accionista.

—¡Tengo otros compromisos!

—Propongo una nueva forma de voto —dice un accionista totalmente irrelevante—, en la que votamos lo que creemos que habrían votado nuestras abuelas, lo comparamos con los votos que habrían emitido nuestros futuros nietos, y luego, por medio de un sistema de tablas y gráficas, nos plegamos a la hipotenusa de las dos hipótesis, en nombre de nuestros antepasados y nuestros descendientes.

—Ese accionista es totalmente irrelevante —me susurra mi asistente.